

## La generación descolocada: entre el techo familiar y el cielo para todos

Josechu V. Mazariegos

Hablar de jóvenes conduce forzosamente a establecer fronteras pertinentes por las que la sociedad se define, se identifica a través de sus grupos de edad. Supone ello el tener localizados los objetivos, finalidades y tareas que corresponder cumplir a cada generación para asegurar los mecanismos de reproducción de la sociedad y de su mantenimiento colectivo.

Como es sabido, la principal característica de nuestras sociedades poscivilizadas consiste en su indefinición e imposible identificación a partir de categorías sociológicas que bien se han hecho obsoletas, bien se enfrentan a su multiplicada aplicación, sobre una sociedad multiplicada, con una precisión incierta. De esta realidad social que se escurre al intentar aprehenderla, participan como punto testigo los grupos de jóvenes, y cuánto más por los singulares y cambiantes modos de elaboración de posicionamientos que caracteriza al colectivo juvenil <sup>1</sup>.

### Los jóvenes en la democracia de mercado



**E**n los umbrales del siglo veintiuno, nos encontramos con un contradictorio y rico bagaje de pensamiento, experiencias y necesidades que empuja y lastra al mismo tiempo esa multiplicada, rutinaria y discriminante convivencia humana, tan desconocida, que está dejando mudos a pensadores y políticos, del mismo modo que está forrando de prosperidad a mercaderes de monedas y traficantes de necesidades e ilusiones, comerciantes de todo y de cualquier género.

En síntesis, se trata de una coyuntura histórica única mediante la que se nos presenta todo a la vez: una revolución tecnológica que ha roto con la expansión del empleo, ha transformado el sentido y las orientaciones del trabajo, ha modificado las pautas de organización material en el ámbito de lo doméstico y de lo público, de las vivencias de lo presente y de lo lejano en el espacio y en el tiempo.

Simultáneamente aparecen, más o menos trau-

máticamente, tentativas en el mundo de los adultos de confrontación simétrica entre ambos sexos, junto a una búsqueda por los grupos jóvenes de su puesto en la sociedad. Los requerimientos de democracia social se hacen más compartidos a la vez que se ve ampliado el cupo de población marginada: los alistados forzosos en el regimiento del desempleo de las democracias de mercado. Son ejemplos al vuelo sobre nuestra cotidianidad rasante.

Estas son las distorsiones calculadas y que se van acumulando sobre aquellas que se incuban en etnias y clases que —bloqueada su integración primera para unas y desarticuladas en la producción las otras— tratan de emparentarse con la nueva sociedad democrática por las múltiples vías que ofrece el consumo.

Otro punto de referencia obligado en estas pinceladas sobre las sociedades poscivilizadas, es la consolidación de la sociedad como un vasto *puzzle* en que cada colectivo trata de recoger su cuota de participación en el bienestar global, con el progresivo abandono de los objetivos comunes para la erradicación del Mal: el hambre, la guerra, la discriminación sexual, social y racial, todos ellos abuso del poder político y su progresivo corporativismo.

En todo caso, la producción del Mal se disuelve como peloteo anónimo gestionado desde la complicidad de la clase política mundial. Bajo esta perspectiva, la libertad garantizada vía satélite de occidente, acaba asimilándose a la libertad vigilada por Soyuz.

El mensaje por el que se pretende identificar nuestra poscivilización occidental es de ausencia y de derrota, de individualismo y de insolidaridad, cuando en el fondo se enconde en ella una saturación de discursos y prácticas aptos-para-su-desguace emitidos desde los centros de los diferentes poderes, reproducidos planetariamente vía satélite y repetidos cada día en la familia, en la empresa, en la Administración y en la calle.

Propagan la dificultad trabajosa de avanzar en la felicidad elemental para todos, mientras hacen gala de conquistas y proyectos espectaculares que sirven para poco, para pocos, y duran poco. Viejo filibusterismo para mantener la vigencia de prácticas institucionales sin necesidad de verificar su eficacia. La ilusión, el interés, la cooperación, la confianza, dejan paso al deber, a su escenificación, a la relación instrumental con los otros. Abren el camino a la perversa estrategia de

la burocracia: la mediocridad como cumplimiento, envejecida la ilusión por hacer algo, en esperas, tramitaciones, requisitos y negociados. Ante la obstrucción la respuesta es la inhibición.

La sociedad, en este contexto mutacional de implicación colectiva que tiene sobradas razones para inaugurar un período de debate sobre los modos de comprensión del sentido de nuestro presente, del rumbo del futuro, de las razones de nuestra tristeza, enciende la televisión, abre la caja de Pandora.

Y con ella, se apaga el fuego de la comunicación circular, sustituyéndose por la receptividad centrada, dirigida y centralizada. La ciudadanía se ausenta, se olvida de lo que vale un peine y comienza a aprender lo que sería de los dos sin un perfume entre tú y yo. Las actitudes empiezan sintomáticamente a trocarse en “hobbies”, y los allegados comenzamos a discutir de los únicos objetos de devoción: los que nuestra pantalla nos ofrece y bendice.

El “lo siento, yo también sufro mucho, pero no me cuente usted su vida”, de los años setenta —lo que corre esto, María— deja paso al: “por favor, que pierdo la vida si no llego a Falcon Crest”.

En este contexto, el video representa la primera posibilidad de recuperación del único tiempo pasado: el que viene marcado por la programación que se nos escapa. Por extensión, permite la posibilidad de preparación del menú de imágenes diario. La palabra se va desvirtuando, lo que nos propone audiovisualmente se abre paso ante la rutina diaria, la necesidad de lo insólito anula la sorpresa en lo cotidiano.

En función de la democracia de mercado, se trata de programar la individual carrera hacia el dinero, poder, fama, propiedades y clicks selectos de consumo cotidiano, todo ello a tu alcance si consigues acceder y conservar las estampas milagrosas del ciudadano moderno: las tarjetas de crédito.

De este modo, nuestra huida hacia el futuro, nos va separando cada día más del placer de lo gratuito, del don, de la ayuda mutua y del acuerdo. El totalitarismo de la democracia de mercado reside en ocupar todos los espacios libres de la sociabilidad amable, trocándoles en gasto, regalo, prestaciones y contratos. Salimos de los dogmas político-religiosos para refugiarnos en el dogma de la democracia de mercado: sálvate del tedio cotidiano consumiendo según tus gustos. El dinero se convierte en el salvoconducto de la ciu-

dadanía, por fin sin importar su color. Ya se blanqueará.

Simultáneamente, empieza a abrirse paso en nuestra sociedad la democracia de la fortuna: todos los ciudadanos somos iguales ante ella. De ahí, se gestan una buena parte de los mitos de promoción –incluso instantánea– de grupos, familias e individuos; de regiones, comarcas o pueblos; de marcas, equipos, sectas o partidos, que contribuyen en su trasiego a calificar a nuestra época como la de la movida. Acertar: en la combinación de las cifras, en el lugar, en el eslogan, en la imagen.

Hay que competir: a la vez que somos capaces de ascender y descender en la sociedad, se nos dificulta meticulosamente el mantenernos simplemente en lo que nos gusta y, si podemos, como nos gusta. El “te falta ambición” se sobrepone al “estás desperdiciando tus posibilidades” en un rosario de deseos proyectados sobre ti, de misterios dolorosos y de cuentas.

Por este camino, no parece que vayamos a muchos lugares interesantes para estimular la convivencia aunque nunca habíamos llegado a tener tantos medios materiales para potenciarla. La respuesta es un despliegue publicitario de cola de pavo real para que cada uno se monte su personal aventura por cuenta corriente.

En este contexto, se hace difícil la comprensión por partes de unos jóvenes –fragmentados en sus vías de acceso al estadio adulto– de las relaciones que nuestras sociedades poscivilizadas establecen entre medios “existentes” y medios “disponibles”.

La decrepitud manifiesta de los modelos patriarcales autoritarios, privados y públicos, en las querellas de familia o entre la clase política, así como en el uso del poder –aun en sus reformulaciones actualizadas–, erosiona la legitimación de estos modelos en una juventud consciente de su anacronismo y en todo caso la disuade de cualquier interés por el ejercicio de ese poder. El “carroza” representa para esos jóvenes, el penúltimo intento de una generación de cuarentones por acercar su imagen –que no sus cosmologías– a la de sus menores.

Entre la administración de la familia y la administración del Estado, empiezan a establecerse suficientes nexos como para interesar su análisis comparativo. El patriarcado público y privado requieren la dilucidación de su tronco afín, así como de sus evoluciones paralelas <sup>2</sup>.

## La mutación y multiplicación de los espacios juveniles

**T**oda sociedad establece unos rituales de paso por los que se expresa públicamente la culminación de un proceso mediante el que se ingresa en otro colectivo de edad. Un sinfín de literatura está destinada a la descripción de estos ceremoniales en las diferentes sociedades <sup>3</sup>.

El hilo de mi reflexión se dirige hacia un primer acercamiento a dichos rituales en nuestras sociedades poscivilizadas, para llegar a aquellos cruciales que significan el paso de la juventud a la edad adulta. Entre ellos aparece como básico –cancelada la base patrimonial, fundiaria y patriarcal de la familia extensa– el acceso a un techo propio <sup>4</sup>.

Esto, adaptado a los tiempos que corren para esto del matrimonio, incluiría los diferentes modos de emancipación y de convivencia extrafamiliar en que puede derivar ella.

### a) *El desarraigo de la tierra*

En los cambios que se están operando en la convivencia, el extrañamiento de la tierra ha jugado como principio activador del desmadre, esto es, de la desconexión paulatina de las madres de su papel –puente entre el padre y los hijos, así como de su reclusión en las exclusivas funciones domésticas.

En virtud de la necesaria autonomía de cada cual en la familia, los viejos mandatos ven erosionada su tradicional función. Al desaparecer su soporte material primero: la tierra familiar gestionada por el padre, los respectivos efectivos familiares se ven implicados todos en un proceso de individuación laboral, poco compatible con la reproducción de la autoridad paterna.

Es en efecto sobre la propiedad de la tierra, como se organiza la sociedad conyugal, penúltimo reducto de la familia tradicional. Las clases de edad y de sexo allí encuentran su validación instrumental, con variaciones etnoterritoriales que tienen una común característica: los grupos de mujeres mantienen sin excepción las funciones vinculadas a la reproducción doméstica cotidiana <sup>5</sup>.

El general y progresivo abandono de la estricta sobrevivencia de la tierra con el éxodo a las áreas metropolitanas, comienza a desvelar los primeros signos de un cambio en los tamaños de familias como preludio de cambios más profundos en la misma naturaleza de ellas. Sin ir más lejos los hijos, poco antes bendición del cielo como fuerza de trabajo en la explotación, que traían un pan debajo del brazo porque con él se lo ganaban, pasan a ser un coste en función de que el grupo ya no puede sobrevivir como grupo autorregulado a partir de sus efectivos <sup>6</sup>.

La radical ruptura con la tierra y con la elemental garantía de comer en ella, la irrupción de las familias urbanizadas definitivamente como grupo principal de productores-consumidores de múltiples identidades y la ordenación de estas identidades sociales según los niveles de consumo, enmarcan la aparición de la primera infancia dorada, la de los sesenta, en este país.

#### b) Los espacios de los jóvenes urbanos

Hoy, la forma de vivir estos jóvenes en los medios urbanos en España, su dependencia de la casa familiar, fueron aspectos abordados en una Encuesta Omnibus de Juventud, en octubre de 1984 <sup>7</sup>.

Por tratarse de unas consideraciones cuyo soporte empírico se encuentra en un cuestionario a jóvenes que viven en asentamientos mayores de cincuenta mil habitantes, junto a una posterior observación reducida a Madrid, no pueda más que resultar un buen pretexto para adentrarse en la consideración de esos fenómenos de cambios en la elemental sociabilidad, cambios que al menos expresan profundas transformaciones en las cosmologías juveniles.

Sobre una muestra de tres mil, entre quince y veintinueve años, mujeres y varones por igual, viven:

En casa de su familia .....	71,3 % (2142)	SOLTEROS
	2,7 % (80)	CASADOS
Total .....	74,0 % (2222)	
Fuera de la casa familiar ....	5,6 % ( 168)	SOLTEROS
	20,4 % ( 612)	CASADOS
Total .....	26,0 % ( 870)	

Tratando de sintetizar la información para estas consideraciones la más interesante, tratemos

de los solteros en casa, que representan los dos tercios del colectivo. Ante la pregunta "EN GENERAL, VIVIENDO EN CASA DE TUS PADRES COMO HASTA AHORA, ¿GOZAS DE TODA LA LIBERTAD QUE DESEAS ACTUALMENTE?", se decantaron así:

SI.....77 %  
NO.....23 %

De esta vivencia de libertad, participa el 82 % de los varones, descendiendo al 74 % de las mujeres.

Rastreado en esta misma problemática, se les preguntaba:

"SI PUDIERAS ELEGIR ENTRE MARCHARTE O QUEDARTE, TENIENDO EN CUENTA TODAS LAS VENTAJAS E INCONVENIENTES DE CADA UNA, ¿CUAL ELEGIRES?"

MARCHARSE.....49,4 % (1058)  
QUEDARSE.....40,6 % (1084)

Ante esta cuestión, mujeres y varones se decantan sin apenas variaciones entre unos y otros, por lo que descendemos a considerar las posibles variaciones a través de los grupos de edad:

QUIEREN MARCHARSE		
Edad	Varones	Mujeres
15-19	39,0 %	45,7 %
20-24	58,5 %	49,7 %
25-29	62,4 %	71,7 %

Según aparece, la toma de conciencia de la conveniencia de marcharse se manifiesta más precozmente en las mujeres que en los varones. Seguidamente desciende comparativamente para las mujeres (una de cada dos) aunque a partir de los veinticinco vuelven a ser ellas quienes más lo desean (casi tres de cada cuatro).

Al preguntarles "¿DONDE OS GUSTARIA IROS A VIVIR?", las opciones más representativas de sus deseos fueron:

	Varones	Mujeres
A una vivienda compartida.....	30,9 %	43,1 %
A vivir en pareja.....	34,8 %	25,7 %
A vivir solo.....	32,1 %	23,2 %
Otras formas.....	2,2 %	8,0 %
TOTAL.....	100,0 %	100,0 %

La voluntad de salir de la casa paterna se ve acentuadamente enriquecida respecto a su versión tradicional –el nuevo hogar matrimonial–, sobre todo en los profundos cambios que expresa el colectivo femenino –cuanto más joven– en sus estrategias de individuación al margen de los modelos tradicionales de integración familiar.

c) *Los lugares de uno, de dos y de tres*

¿Cómo resuelven en todo caso los jóvenes en esta casa –refugio– pensión familiar su necesidad de estar solos, acompañados, a su gusto?

De momento, hay un 56 % de ellos que al menos tienen una habitación para sí mismos, un 53 % de las chicas y un 58 % de los chicos. Los derechos de los hijos prevalecen sobre los de ellas.

En cualquier caso, es en el dormitorio donde los jóvenes se refugian para cualquier cosa: leer –un 60 %–, oír música –un 51 %–, y la casa de los padres comienza a ser un lugar en desuso como sitio de encuentro o de acogida. Apenas una tercera parte de los jóvenes lo usa para ocasionalmente charlar, jugar, ver la T.V. o estudiar con amigos.

Obviamente, las chicas parece que se sienten más obligadas que los chicos a permanecer cerca de casa, viéndose en ambos colectivos un progresivo distanciamiento de ella con la edad.

La casa familiar sigue constituyendo para el común de los jóvenes un espacio normativo y reglado por el parentesco, y por ello difícil de compartir.

Desde luego, de los 1058 jóvenes (el 49,4 % –recuerdo– de los que viven con los padres) que se quieren ir de su casa, no lo hacen porque no pueden económicamente el 79 % de ellos y el 67 % de las mujeres.

Señalábamos en las conclusiones del comentario referido a este Cuestionario:

“El supremo argumento inhibitor de esta necesidad de emancipación sentida por muchos jóvenes está –para la mayoría– en la imposibilidad económica de hacerlo. La exigua décima parte de jóvenes dependientes del hogar paterno que gozan de independencia económica, ayuda a descubrir la dislexia de una juventud que, atenzada entre la necesidad de mantenerse próxima al fuego apagado familiar para sobrevivir y la imposibilidad de acceder a un rincón de habitación en su ciudad, opta por reconocerse en los espacios intermedios: la calle, la taberna, el café estereofónico o el tinglado electrificante.

En este sentido, puede afirmarse que el único espacio que la juventud se ha apropiado es el medio nocturno de la calle... la toma del centro histórico..., en un penúltimo intento de encontrar un espacio de afirmación y reconocimiento colectivo. Su elocuente presencia consiste en disponer de lo único que pueden apropiarse: del espacio público, selectivamente demarcado y de los puntuales refugios tribales”<sup>8</sup>.

La casa familiar se ve convertida en lugar de repliegue del yo para las más elementales necesidades de sobrevivir: la comida, el sueño y el estudio con fondo musical. La calle, el mundo exterior se abre como espacio relacional, de comunicación simétrica entre los iguales, produciéndose una ruptura entre una y otra.

Continuará...

**E**l discurso de prosperidad que articula la penúltima generación de gestores del Estado tiene serias dificultades de ser asumido por los grupos de jóvenes que sienten la memoria próxima de una infancia de relativa prosperidad doméstica junto a un presente bloqueado, sin posibilidades de devenir adultos, y que les obliga a asumir responsabilidades de preparación sin futuro o a replegarse en su adolescencia parasitaria y artificial desde su asombro ante una dependencia sin final del techo familiar.

En este contexto, lo familiar y lo social comienzan a escenificarse. La juventud va asumiendo los papeles que de momento les dejan, interviniendo en consonancia en el escenario, aunque con un conocimiento más experimental y menos iluminado de la obra que sus padres. De ahí que resulte extraño encontrar entre ellos compromisos definitivos, negándose en cualquier caso a la mera transmisión del mensaje vehiculado por los circuitos cerrados de la autoridad de turno.

Así vemos que su expresión colectiva les lleva a defender la pacificación del planeta, la inalienable identidad civil de la ciudadanía o la igualdad de derechos entre hombres y mujeres... ¿que no entran en los partidos? Buen ejercicio de reflexión para la clase política actual.

Al mismo tiempo que en la forzosa convivencia familiar la relación paterno-filial se instrumentaliza, la relación entre la pareja se ve simul-

táneamente modificada en ella. La mutación generacional se ve reflejada en la relación establecida entre los pares de mayores, dando entidad a una conflictividad entre sexos que se acumula a la primera. El mayor o menor despeje del conflicto se resolverá en función de las penúltimas posibilidades de sobrevivencia de cada miembro familiar fuera del círculo doméstico familiar.

Aprovechando la expresión musical tan rica y variada —el ámbito preferencial en que los jóvenes se reconocen— se podría decir que entre el “hoy no me puedo levantar” de Mecano y el “estoy mala de acostarme” de la madre Martirio se encuentran las claves de lectura de una convivencia doméstica todavía determinada por el obligado refugio en el parentesco.

En este contexto, las nuevas complicidades y los dramas que se producen bajo los techos familiares, no pueden otra cosa que resistirse a cualquier tentación de simplificación sociológica<sup>9</sup>. La multiplicación de supuestos, en todo caso se resume en una problemática común: autonomía es techo y es modo de mantenerlo, esto es, trabajo. La clarificación de estos determinismos forzados, parece tarea urgente de unos gobiernos empeñados obsesiva y especializadamente hasta hoy en trabajar por disminuir la infelicidad estadística de la ciudadanía.

En efecto, lo chocante de nuestras sociedades en las que se nos vende el masivo consumo como argumento resumen de la eficacia democrática, reside en aceptar la manipulación de los resortes del orden social para mantener las primeras necesidades como las más raras, las más difíciles de obtener, las más discriminantes, potenciándose con ello las bolsas de precariedad absoluta elemental y el regreso a una búsqueda primaria y salvaje del alimento, el cobijo y la sobrevivencia inmediata, ante el no sabe-no contesta del Estado.

Con las dificultades de esta generación de los hoy jóvenes se argumenta la primera prueba del reflejo de esta identidad contradictoria de las sociedades poscivilizadas: la presencia simultánea de carencias en lo básico y de prepotencias en el orden suntuario que construyen los pilares de una paranoia colectivamente compartida.

La gestión adulta de la sociedad y su bloqueo por la generación de los cuarenta-cincuenta, desvela la voluntad de un amplio colectivo de mantenerse en ese ejercicio bajo las mismas normas

que fueron fijadas en la Revolución Francesa, incorporando de los jóvenes no a ellos con sus mentalidades transformadas, sino a sus imágenes.

En efecto, al mismo tiempo que se verifica la explotación laboral de transitoriedad y marginación a la que se ven abocados gran parte de los jóvenes, la explotación de la imagen del ser joven se difunde sobre el tejido social de una poscivilización cada vez más envejecida en la realidad. La salud, el dinamismo, el vigor, el deporte, la bebida refrescante, la aventura, aparecen como el simulacro de una sociedad incapaz de acercarse a través de sus mayores hacia muerte como hecho natural, porque no sabe naturalmente hacerlo hacia la vida.

El lamento de nuestros penúltimos filósofos, capaz de transmitirnos el desconcierto confortable de nuestra sociedad que pierde pie en el pensamiento de las Luces, profanándolo con los neones, no acaba de reparar en la dificultad creciente de una juventud tribalizada que empieza a orientarse en un medio endurecido, en una sociedad más complicada y “chunga” de lo que parecía. Juventud perpleja como no hemos sabido de otra, que expresa en su amor a la vida —¿qué contiene sino los movimientos ecologistas, pacifistas, de igualdad de derechos?— y en su desencanto de ella: kamikazes por vena o por arteria vial, su choque ante el panorama del presente.

Unos, en su careo con una generación fuertemente adoctrinada, la de los cuarenta, mayosestentayochistas, otros como primera generación de familias rurales en medio urbano, no pocos siendo hijos de los primeros padres que han atrevido a separarse en el portal de Belén que ha sido la familia en este país, decididamente todos están aprendiendo.

Están aprendiendo a romper con el pensamiento doctrinario, maniqueo, los más afortunados pudiendo mirarse el rostro en la expresión experimental de su propia existencia y “enrollaos”, otros de “makokis”, otros de “colgaos”,..., de “pijos”, otro ni se enteran, son muchísimos.

El riesgo de no tener en cuenta las situaciones de este abigarrado y complejo montón de jóvenes reside en que, si la sociedad adulta no abre cauces de respuesta a sus requerimientos, la marginación puede llevarse consigo el pensamiento abierto, la reflexión activa y la validación de procesos de aprendizaje convergentes de los que tan necesitados andamos.

## NOTAS

<sup>1</sup> Un apunte bibliográfico sobre la juventud: Mike Brake: (1980): *The Sociology of youth culture and youth subcultures*. Routledge & Kegan Paul. London.

M. Mead: (1980): *Cultura y Compromiso: El mensaje de la nueva generación*. Gedisa. Barcelona.

Para España:

C. Moys: (1984): *Señas de Leviatán*. Alianza. Madrid. Capítulo 8.

*Informe sobre Juventud: 1985*. Instituto de la Juventud. Ministerio de Cultura. Madrid.

<sup>2</sup> El texto inaugural y que hay que retomar desde la evolución actual del capitalismo a la democracia de mercado es el de F. Engels: (1984): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Edición castellana en Fundamentos, Barcelona, 1976.

<sup>3</sup> En general la obra de Levi-Strauss, Malinovski, Frazer,... y en España la de Caro Baroja, ofrecen numerosos ejemplos de estos ritos de paso y su universalidad e importancia en las diferentes sociedades.

<sup>4</sup> Las propias sociedades agrarias ya enfatizan la separación entre hijos y padres como reflejo del ingreso en la edad adulta de los primeros. La «mili» tendría una parte de su significado como rito de paso en esta dirección para los varones. Con más razón cuando el propio espacio familiar queda restringido en la ciudad al apartamento o poco más, esta separación resulta absolutamente obligada para que los jóvenes puedan devenir autónomos. Sobre la importancia de esta separación de los padres como ritual de transición a la edad adulta, ver al respecto:

M. Mauss: (1971): *Sociología y Antropología*. Tecnos. Madrid, págs. 359 y ss.

J. Pezeu-Massabau: (1983): *La Maison, espace social*. P.U.F. Paris, pág. 17 y 113 ss.

E. Guidoni: (1980): *Architecture primitive*. Berger-Levrault. Paris, pág. 43 y ss.

<sup>5</sup> Esta condición derivada de la apropiación por parte del varón del cuerpo de la mujer, esto es, de su maternidad, apenas tiene diferencias sustanciales entre unas y otras culturas. Ver sobre ello:

A. Kollontai: (1979): *Mujer, Historia y Sociedad*. Fontamara. Barcelona.

F. Segalen: (1980): *Mari et Femme dans la Société Paysanne*. Flammarion. Paris.

M. Mead: (1978): *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Laia. Barcelona.

<sup>6</sup> Ha sido A. Chayanov quien en su trabajo sobre las estrategias de autorreproducción de la familia campesina, ha puesto de relieve la relación indisoluble entre familia, trabajo y tierra. Consultar 1985: *La Unidad Económica del Campesinado*. Nueva Visión. Buenos Aires.

<sup>7</sup> Encuesta que fue el principal soporte de un breve informe sobre Juventud y Vivienda, realizado para el Instituto de la Juventud, en diciembre de 1986, por J. A. Astráin, R. Córdoba, A. Rodríguez y yo, informe al que hago referencia muy sintética seguidamente.

<sup>8</sup> Ver dicho informe: *El Habitar de los jóvenes: del hogar patriarcal al techo entre los iguales*. Págs. 95, 96. Instituto de la Juventud. Ministerio de Cultura. Madrid, 1986.

<sup>9</sup> Una aproximación analítica a esta compleja cuestión familiar se encuentra en: F. Segalen: (1981): *Sociologie de la famille*. Armand Colin. Paris. Contiene una excelente bibliografía en francés e inglés sobre el tema.

